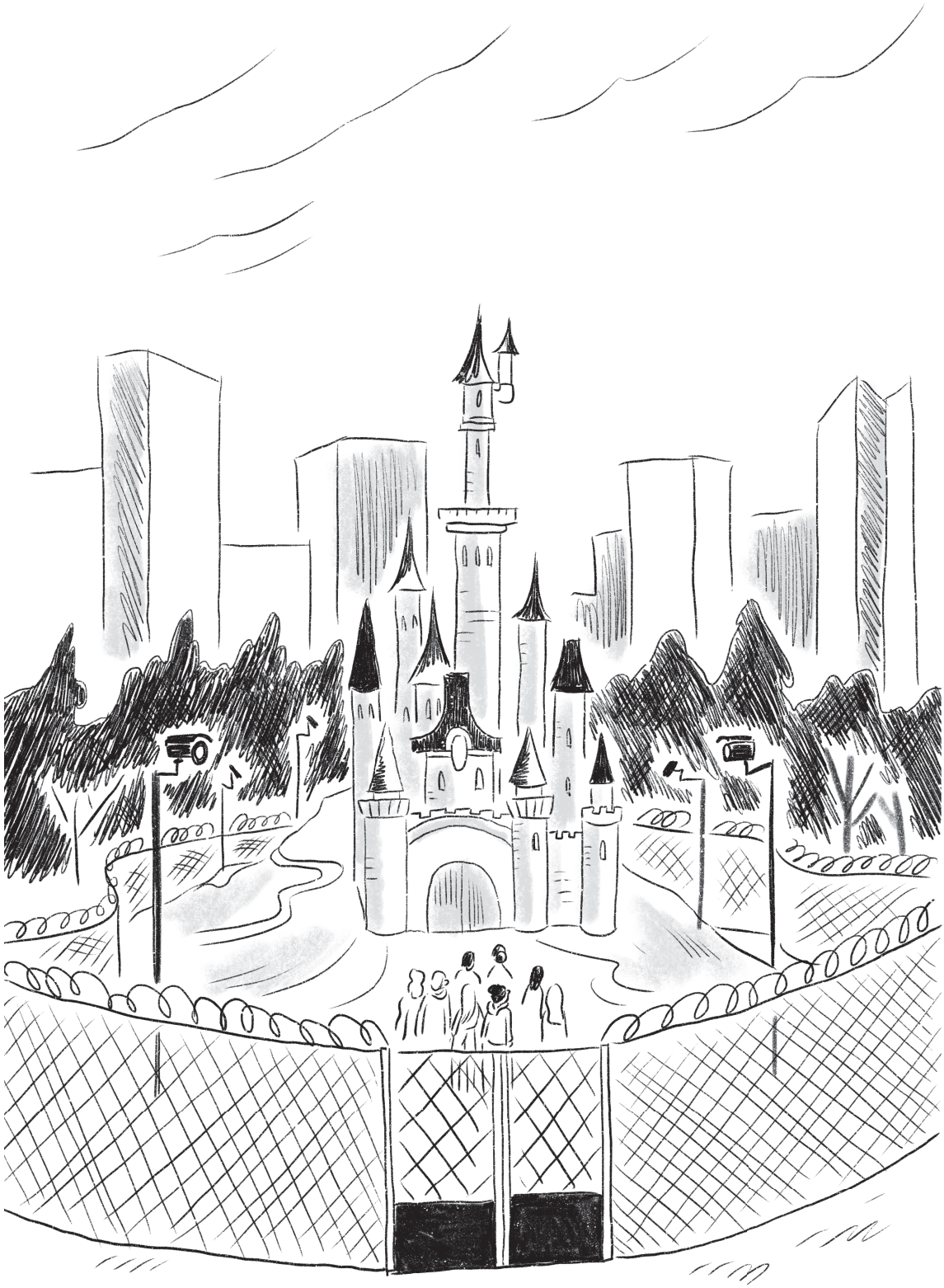


ALICE BRIÈRE-HAQUET

# #ENCANTADORA

—¿Habéis apagado los móviles? Os recuerdo que son peligrosos para las princesas y que están formalmente prohibidos en todo el ámbito del CPP.

La estridente voz de la señorita Lheim sobresaltó a Mathilde. Era la tercera vez que la profesora de francés advertía lo mismo, una letanía generalmente muy frecuente entre las profesoras y que redoblaban en circunstancias excepcionales. Ese día, la clase de Mathilde visitaba el famoso CPP, el Centro de Protección para Princesas, un lugar de alta seguridad. Nada tenía que perturbar a las internas. Junto a la encargada del guardarropa, el guardia de seguridad y los cinco carteles mostrando un teléfono tachado dentro de un círculo rojo, ya eran diez veces las que les advertían de lo mis-

mo. Y eran diez veces las que Mathilde comprobaba que el móvil que llevaba en el bolsillo seguía encendido.

Su corazón se aceleró un poco por décima vez y ella, para relajarse, movió maquinalmente los dedos, como si estuviera tocando las teclas de un trombón. No tenía la costumbre de desobedecer. Era una alumna discreta, con vestidos demasiado largos y demasiado negros. Su padre lo llamaba su "uniforme de invisibilidad". Puede que tuviera razón, pero lo seguro es que no comprendía a sus camaradas de clase, ni su frenesí por las marcas o los uniformes autorizados. Ella se sentía mejor siendo diferente. Por la noche, se conectaba *on line* con sus amigos, sus verdaderos amigos, los que se hacían llamar "Los Encantadores"; es decir, los Príncipes. Ellos se burlaban de su forma de vestir, pero se interesaban por lo que guardaba en su interior, por sus esperanzas y sus sueños.

Mathilde podía discutir con ellos de lo que consideraba verdaderamente importante: la opresión de los más débiles, el calvario de los emigrantes, los niños maltratados, los animales asesinados por miles... Todas esas cosas absurdas que la gente aceptaba como naturales, como si fuera lo más normal del mundo, como si ella fuera la rara. A veces, eso la asfixiaba.

Sus padres sonreían por lo que creían pataletas de niña y de una ingenuidad encantadora. En cuanto a sus camaradas de clase, si les contase lo que pensaba realmente, la habrían etiquetado de Madre Teresa o de Dalai-Lama, un viejo truco gastado y sin interés.

Los Encantadores se tomaban todo eso muy en serio. Incluso habían forjado una divisa en su escudo, palabras que repetían y que les permitían avanzar: "Las cosas cambian poco a poco, nosotros estamos para acelerarlas".

Esa misma mañana, su *smartphone* había vibrado durante todo el desayuno con frases de ánimo. Desde los "Contamos contigo" a los "Te apoyamos", que le hacían sentir mejor y más empoderada. Comprobó su móvil por undécima vez.

—¡Moveos, pero manteneos agrupadas, por favor!

Toda la clase, excepto dos enfermas, entraron en el salón central donde se habían instalado las princesas. Un tercio de los alumnos lanzó un "¡Oh!" de admiración; otro tercio, un "¡Ah!" de maravilla, y el último tercio un "¡Ih!" de sorpresa. Mathile entró al último y no dijo nada.

El lugar era extraordinario. Habían recreado un castillo auténtico, parecido al de Versalles que habían visi-

tado en primaria, pero con plástico dorado y vitrales de colores a prueba de balas. Los diseñadores habían añadido aquí y allá pájaros azules, mitad barrocos, mitad hawaianos, que emitían una música suave por todo el edificio. Cámaras de video sembraban el recinto con su parpadeo verde.

La señorita Lheim, Betty de nombre, trituraba nerviosamente su placa de identificación con el logotipo dorado de la CPP. Mathilde sabía que su profesora renovaba anualmente su petición de visitas desde hacía quince años, sin muchas esperanzas... El centro estaba sobre todo destinado a los investigadores y solo algunas clases, elegidas aleatoriamente, podían realizar la visita. La de ahora era una verdadera oportunidad.

Los Encantadores se lo habían repetido una y otra vez.

La señorita Lheim también. Cada curso les anunciaba a sus alumnos el privilegio que tendrían si les autorizaban a encontrarse con verdaderas princesas en su medio ambiente natural, ya que desde hacía bastantes decenios no se veían en el mundo real. Tras alcanzar su pico de popularidad en los siglos XIX y XX, habían ido declinando y casi desaparecido.

Aquel centro era su último bastión y merecía la pena prestarle atención.

—¡Cuento con vosotros, chicos! Las princesas necesitan calma y tranquilidad. Hay que preservarlas del mundo exterior y de sus modernidades, sin palabrotas, sobre todo, ni nada que pueda afectarlas.

Lheim les hizo una señal para que la siguieran sin dejar de hablar:

—Es una oportunidad, una verdadera oportunidad... Es un milagro poder verlas hoy día, ¡son tan delicadas! Mirad, el primer espécimen es un ejemplo típico, por así decirlo... ¡Ji, ji, ji! ¿Quién la reconoce?

Mathilde vio a sus condiscípulos detenerse ante la primera vitrina, inmensa y blindada. Encaramada sobre veinte colchones, una princesa muy delgada los miraba ojerosa. Bajo ella, en el suelo, bajo una campana acristalada de seguridad, podía verse el guisante que la había hecho famosa. Los alumnos estaban sorprendidos por el espectáculo. Era su primera princesa y no esperaban algo así... La joven parecía vacía por dentro, minada por la preocupación, y Mathilde no pudo evitar superponer su imagen a la del primer lobo que había visto de niña en un zoo y en su decepción, mezclada

con melancolía, ante la pobre y miserable bestia. Estaba claro que, hasta sin guisante, esta princesa no había podido dormir desde hacía muchas noches. Mathilde vio algunas muecas de compasión en los rostros de sus camaradas y que, por un extraño juego de inversión, le dedicaban a ella una sonrisita condescendiente. Se colocó de perfil, el ángulo ideal para la pequeña cámara camuflada en su jersey demasiado ancho.

Lehim, impresionada por el silencio que reinaba entre sus alumnos, esperaba una respuesta. Se dirigió hacia el primero de la clase:

—¿Abdel?

Abdel resopló, antes de exhibir su sonrisa de triunfador.

—Es la Princesa del Guisante, señorita. La historia de un príncipe que quiere casase con una princesa, pero una princesa DE VERDAD. Evidentemente, esa definición no queda clara en el cuento. Una noche de tormenta (rayos — truenos — un ambiente imponente), una princesa llegó hasta su castillo, asegurando que era una auténtica princesa, palabrita del niño Jesús. La madre del príncipe tuvo una idea para asegurarse: metería un

LA PRINCESA DEL GUISANTE

guisante debajo de los veinte colchones de la cama de la invitada. A la mañana siguiente, la chica apareció llena de moratones, y concluyeron que una mujer tan delicada solo podía ser una verdadera princesa. Así que el príncipe se casó con ella.

Abdel tenía cierto talento de orador, había que admitirlo. Incluso Mathilde había sonreído durante el episodio de la tormenta, olvidándose por un segundo de lo indecente de la situación... Una princesa con denominación de origen, educada celosamente, sometida a la prueba del guisante para que el príncipe se case con ella sin haber intercambiado una sola palabra... ¿Y después qué? Pues que se casaron, fueron felices y tuvieron muchos hijos, seguro. Mathilde se imaginó la avalancha de problemas: embarazos, partos, juguetes siempre por medio, caídas de bicicletas... Una vida muy completa, incluso para una princesa. ¿Cómo vivir sin esa carga? Marlène, la amiga inseparable de Abdel, detuvo el curso de sus pensamientos:

—No valía la pena que las hadas madrinas se rompieran la cabeza otorgándole dones como la dulzura, la inteligencia, la gracia... ¡bastaba con ser una nenaza!

—Exacto —certificó Abdel—. Si te pasas de delicada, tienes tu oportunidad.

Marlène se vengó con un codazo que provocó un quejido de dolor en su amigo, que replicó con un ataque "guisante en la lorza" —hacer cosquillas con dos dedos en el michelín del vientre— y los dos terminaron peleándose como dos cachorritos. Betty Lheim dejó escapar un discreto suspiro de desespero.

Valiente, intentó una vez más transmitirles la profundidad de los antiguos textos. Les explicó la alegoría de la delicadeza como un signo de sensibilidad, de llevar el alma a flor de piel... Y después la simbología de la sangre azul, por supuesto, que se suponía exclusiva de la aristocracia, un signo de distinción, en suma. Como de costumbre se embaló, y tuvo que ser Marlène la que la contuvo.

—No me parece muy democrático todo eso...

Esta vez, la veterana enseñante perdió la paciencia:

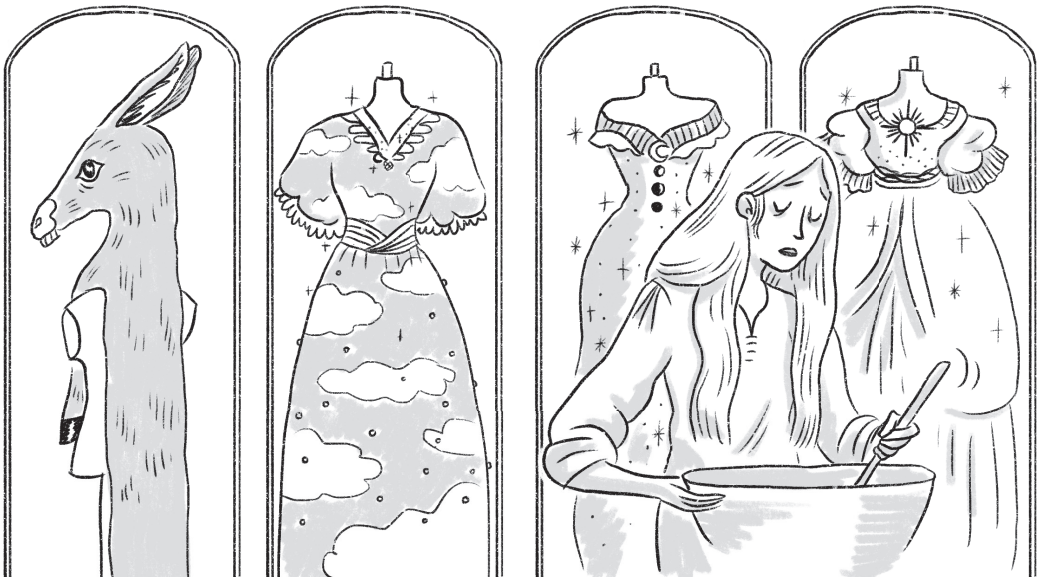
—No es un asunto de nacimiento, sino de valores... ¡del valor del corazón! Porque, reconozcámoslo, no todo el mundo lo tiene. Por mi clase han pasado muchos jóvenes y no todos han sido igualmente sensibles a la belleza de la literatura o de la pintura. Pero la sensibilidad puede mejorarse con la educación... ¡y esa es mi misión!

Guisantes para unos, sensibilidad ante las artes para otros. Mathilde pensó que definir a una verdadera prince-

sa siempre era problemático. Y se imaginó a su profesora dentro de una de las vitrinas con un cartelito que dijera: "Princesa del Reino Escolar. Su don es la ortografía perfecta". Se encogió de hombros. Espejito, espejito, ¿quién es la princesa más princesa del país?

Lheim seguía con su ardiente elogio de la escuela republicana, pero el grupo ya no la escuchaba y se dirigía a la segunda vitrina en la que destacaban los tres vestidos de Piel de Asno. La luna, el sol y el clima entrecruzaban su resplandor sobrenatural y bañaban a la joven, que estaba preparando un pastel. La decrépita piel de la bestia colgaba siniestra bajo una gran campana de cristal.

El grupo se quedó mudo de nuevo. ¿Por la belleza de las pieles o por la tristeza de la joven? Mathilde no podía decidirse. En todo caso, el contraste era sobrecogedor.



Abdel tragó saliva ruidosamente, y Mathilde vio como su nuez de Adán temblaba ligeramente. Marlène también se estaba mordiendo los labios. Y, detrás de ella, Chloé, Eddy, Océane, Mathis... Todos observaban la escena en silencio. Solo la profesora no parecía darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor.

Seguía absorta en su misión: enseñar a sus alumnos todo el CPP. Se reunió con ellos ante el enorme cristal.

—Os habréis fijado que el CPP tiene muy en cuenta la comodidad de sus ocupantes. Las princesas se benefician de aire acondicionado, de una iluminación adaptada a sus necesidades y de una alimentación perfectamente estudiada, todo ello bajo un estricto control médico. Todo está pensado para que su salud sea perfecta. Observad que todas y cada una pueden dedicarse a su actividad favorita. Aquí, la pastelería; allí, la jardinería.

En la vitrina siguiente, la Cenicienta, enfundada en su fastuoso vestido de baile, chapoteaba en un pedazo de tierra, que regaba con su regadera, una y otra vez, un sendero ya empapado de agua. Un pequeño cartel situado al principio del sendero precisaba que aquellas plantas semipodridas se suponía que tenían que dar calabazas. La señorita Lheim agitó la cabeza:

—Evidentemente, sus ocupaciones pueden parecer anticuadas en esta época de comida basura y platos ultracongelados... Una incompatibilidad que el CPP tiene en cuenta, porque ¿resistiría el estómago de Piel de Asno una pizza? Y si bebiera líquidos con gas, ¿se arriesgaría a...? Dios mío, no.

—¿Quiere decir que podría eructar? —le preguntó Abdel con tono inocente, el del primero de la clase interesado en comprenderlo todo.

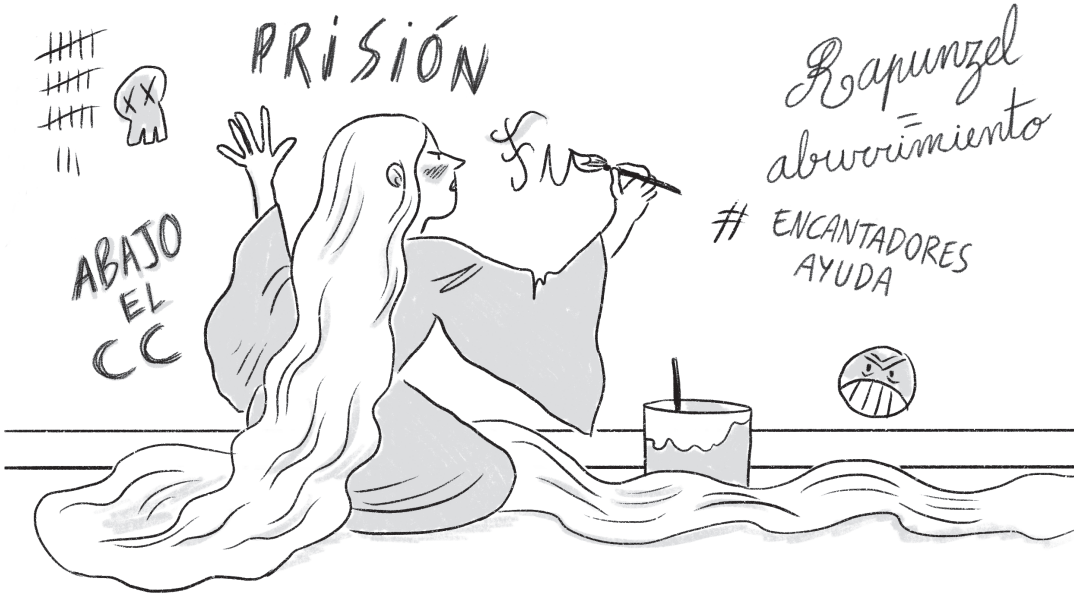
—Sí, porque seguro que ella no puede evacuar. Supongo que las princesas no tienen un agujero en el culo, ¿verdad? —quiso saber Marlène.

—La realeza no tiene agujeros en el culo, excepto el príncipe, claro —concluyó en voz baja Abdel.

Y Mathilde, junto al resto de la clase, no pudo reprimir la risa. La profesora, avergonzada, les hizo seguir adelante farfullando "¡Basta de vulgaridades! ¡Os lo repito, no quiero más vulgaridades!". Mathilde siguió al grupo, preguntándose porqué podía llamarse vulgar a una parte del cuerpo humano. ¿Acaso la reina de Inglaterra no hacía de vientre como todo el mundo? Esa mojigatería que obligaba a las princesas a alimentarse por vía intravenosa era ridícula. Ridícula y terriblemente injusta. Mathilde adoraba las pizzas.

Llegó delante de una princesa con una cabellera infinitamente larga, que pintaba en los muros de su celda cabezas de punks hirsutos y siglos oscuros.

El corazón de Mathilde se detuvo. Entre el maremágnum de letras, acababa de reconocer las palabras "ENCANTADORES AYUDA" en letras rosas. Se había filtrado información. ¿Estaba previsto? Mathilde se dio cuenta de que no sabía nada del programa de sus amigos... Tuvo la desagradable sensación de ser un peón, fácilmente reemplazable por otro más dulce y más fuerte. Y más cálido. El tipo de sensación que cuando te pruebas cualquier abrigo, la de ser un mero eslabón. Estaba ligada a los Encantadores formando una sólida cadena.



Rapunzel había retomado su pincel y trazaba conscientemente preciosas y delicadas letras.

Unas verdaderas letras de princesa. Cada una trazada con delicadas curvas, hasta que la palabra completa apareció en todo su esplendor: *"Jódeos"*.

Mathilde tuvo que contener una carcajada con todas sus fuerzas, y se preocupó de enfocar bien con su microcámara. Desde luego, la operación presentaba muchas sorpresas. Estaba preparada para resistir el estrés, el miedo, el fracaso, pero no el buen humor. En el fondo, se sentía muy contenta de contribuir a la revolución o, simplemente, avanzar en la buena dirección. La señorita Lheim movió tristemente la cabeza.

—Rapunzel se ha visto terriblemente afectada por la modernidad. Esperemos que los médicos puedan ayudarla... ¡no os imagináis todas las amenazas que penden sobre estas pobres princesas!

—En efecto —añadió Abdel entre dientes—, su situación es bastante horripilante.

Alzó la mirada y la clase le imitó. Todos pudieron ver las cámaras, las pantallas de control, los cristales antibalas, los médicos sin sombra... Pero la profesora seguía hablando:

—En otros tiempos fueron los ogros o los dragones, y hoy día son el desempleo, la polución, el terrorismo…

Su equilibrio se apoya en un ecosistema que depende de los príncipes encantadores. Cuando la galantería está pasada de moda, acusada de sexismo, los príncipes han desaparecido y las princesas se han tenido que adaptar, trabajar… y su linaje se ha extinguido.

Su boca se torció en una amarga mueca. Mathilde calculó que la profesora había debido crecer durante los gloriosos años Disney. Quizá hasta soñó encontrar a su príncipe, canturreando "Algún día llegará mi príncipe…". En serio, tenía que haber sido muy ingenua para creer en la figura de un tipo, cuyo único interés era ligarse a una princesa… La adolescente se imaginó mentalmente un anuncio.

Se busca un hombre bueno, rico e inteligente para solucionarle la vida a una tonta con el agua al cuello. Se exige presencia excelente, peinado impecable y los dientes muy blancos. No se ofrece sueldo, ni vacaciones, ni horarios, es para siempre jamás.

¿Quién querría ese trabajo? Hasta en la época de la señorita Lheim, los jóvenes preferían el papel de super-

héroe. Lo de príncipe encantador solo era un fantasma, un espectro, un disfraz que Mathilde y sus amigos habían decidido quitarles. Por la magia de lo virtual, el príncipe se encarnaba y se llamaba Encantador. Pero un príncipe muy diferente, evidentemente.

—Hablando de sexismo... Estoy convencida de que habéis oído hablar del escándalo de La Bella Durmiente y la pregunta que pende en el aire: ¿La princesa fue o no consentidora? ¿Deseaba que el príncipe la besara? ¿Y cómo podía él estar seguro de que ella estaba inconsciente? Un verdadero rompecabezas... En la duda, los médicos del centro han preferido mantenerla en un coma artificial, instalándola en una celda bajo llave. Aquí nadie puede llegar hasta ella.

Nada. Realmente nada. En la vitrina, la joven de dieciséis años dormía con los puños cerrados, delicadamente colocada sobre un lecho de sábanas blancas de seda y rodeada de rosas con espinas. Parecía una joven difunta y a Mathilde se le encogió el corazón. Ella también deseaba besarla como si fuera una hermana mayor que soportara un drama demasiado pesado para ella. Disimuló el principio de una lágrima. El parpadeo verde de las cámaras de vigilancia se insinuaba bajo sus párpados y tenía que

reservarse sus sentimientos. Tenía que parecer absolutamente normal.

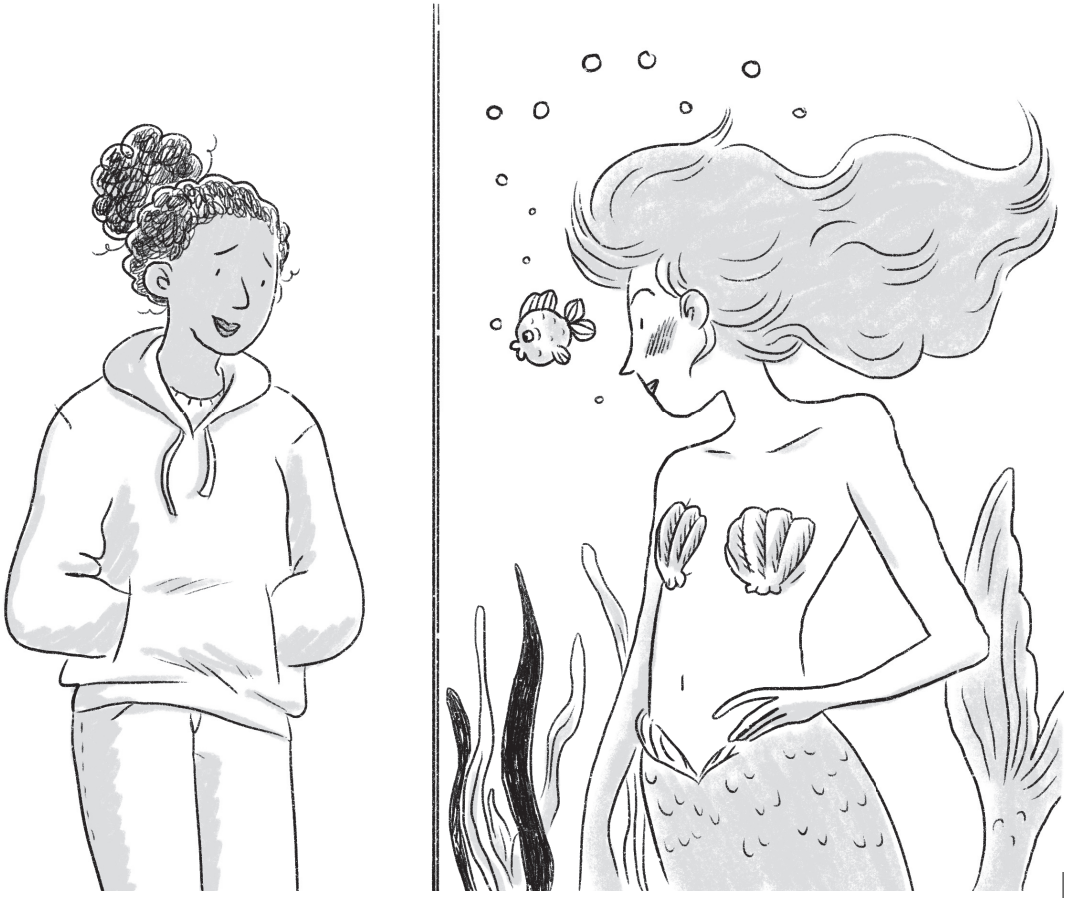
—Venid conmigo, seguidme, vamos a la zona acuática.

Mathilde sintió que su pulso se aceleraba y aferró el trombón con más fuerza. La Sirenita… Ella la había acompañado en forma de peluche durante sus primeros años de jardín de infancia, y seguía todavía en el estante cercano a su cama. Era su heroína. El superpoder de respirar bajo el agua siempre le había fascinado, y Mathilde se entrenaba conscientemente cada vez que tomaba un baño, aunque nunca podía pasar del minuto. Pero la Sirenita era mucho más que eso. Mathilde admiraba su curiosidad y su valentía, esa necesidad de querer algo más de lo que la vida y su familia habían previsto para ella. ¡Era ella la que había salvado al príncipe, no al revés! Una princesa pionera. La versión original de Andersen no tenía un *final feliz*. El príncipe se casaba con otra, pero la sirena se negaba a vengarse y prefería sacrificarse. No daba un paso atrás. También la admiraba por eso.

El centro se había esforzado mucho para reproducir un decorado de fondo marino: una capa de arena blanca, algunas conchas de yeso, una falsa cascada de algas y unas cuantas

luces en el agua que la hacían parecer fosforescente, mágica, y que únicamente iluminaban a la pequeña sirena, con su cabello enmarañado —tenía prohibidos los peines por si se hacía daño y no podía peinarse—, y cuyas escamas tenían un aspecto apagado. La señorita Lheim hizo una mueca de desagrado.

—¡Es lamentable! ¡Hace algunos años, el centro organizaba unos espectáculos maravillosos de sirenas y delfines!



Pero una asociación para la protección de los animales obligó a que los delfines fueran liberados. Ahora, la sirena se aburre.

En efecto, se aburría. Era la encarnación del aburrimiento. Chapoteaba, alborotando la arena. Mathilde creyó escuchar un canturreo y se acercó.

—Quisiera recorrer el mundo…

Mathilde terminó la estrofa.

—…quisiera ver al mundo bailar.

La Sirenita, sorprendida, alzó la mirada. Mathilde no pudo contenerse.

—No tendrás que esperar mucho más.

Era un mensaje, como si lanzase una botella al mar. Era la única esperanza de salvación que podía ofrecerle a la heroína de su infancia, cuyas aventuras leía en su libro de cabecera antes de dormirse, la que le hacía soñar con palacios de nácar de mil maravillas, la que le despertó el gusto por el combate y la sal, esa tendencia poco racional de nadar contracorriente. Ambas permanecieron mucho rato mirándose a los ojos. Y, poco a poco, la sonrisa de una contagió a la otra.

La luz verdosa de las cámaras cambió a roja. Era la señal. Mathilde se aseguró de que toda la clase estaba dis-

traída escuchando a la señorita Lehim contar su historia de sirenas griegas, esas provistas de alas y que en la antigüedad atraían a los marineros. Se deslizó a lo largo del muro hasta la salida de emergencia y la entreabrió. A pesar de los diversos carteles de prohibición, la alarma no se activó. Lo habían conseguido: los Encantadores controlaban el sistema de seguridad. Bloqueó el pestillo de cierre con la ayuda de su trombón, tal como le habían instruido, y se reunió con el grupo en medio del episodio de Ulises. Lanzó una mirada en dirección a la Sirenita, le estaba sonriendo ampliamente. Puede que volvieran a verse junto al océano. O quizá no.

El resto de la operación no le concernía. Mathilde solo era el Caballo de Troya. Su misión era simple, pero esencial: explotar un fallo en el sistema de seguridad e introducir en el centro un teléfono activo que hiciera de módem, para que sus amigos pudieran entrar en la Intranet y recuperar las imágenes que ella había fotografiado. Pensaban difundirlas y, no solo informar a la opinión pública de la situación, sino conseguir su apoyo. Nada más y nada menos.

Órdenes que ella se alegraba de cumplir. Solo era una chica, con la cabeza llena de cuentos de hadas.

¿Quién iba a acusarla? La red Encantadora era vasta, dispersa y anónima. Puede que la descubrieran, pero la policía no podría ir más allá. Cuando pudieran solucionar el rompecabezas, las princesas ya estarían a salvo. O mejor aún, libres, con todo lo que eso comporta de riesgo, de sorpresa, de vida.

Las sociedades de salvamento que tomarían el relevo sabían que ellas estarían preparadas. Se habían buscado y preparado lugares, y ensayado numerosas veces los pasos a dar.

Mathilde se dirigió a los lavabos.

Sacó la microcámara de su jersey y su portátil y tecleó:

Sirenita@Encantadores. Todo en marcha.

El plan estaba en marcha y nada podía detenerlo. Porque lo que no habían comprendido la señorita Lheim y todos los nostálgicos del "Érase una vez", es que el heroísmo del siglo XXI era de una nueva naturaleza: era colectivo. Mathilde era una gota de agua, pero todos juntos eran una ola que nadie podría contener en una piscina de plástico dorado.

Tiró al retrete la tarjeta SIM de la cámara, tal como habían acordado. Reinstaló su SIM propia, y se vio

inundada de una catarata de mensajes vía WhatsApp. Todos eran de su grupo de clase. ¡Estaba claro que no era la única en haber desobedecido la consigna del centro! Le echó una ojeada a la discusión, el tono era sarcástico:

"Bienvenido al CPP, Centro Penitenciario para Princesas".

"Están embobados con sus muñecas vivientes…"

"¡Ja, ja, ja!¡Perfecta, Rapunzel!"

Hasta el entusiasmo desbordante de los últimos mensajes:

"¡¡Delirante!! ¡¡Los vídeos ya están en línea!!".

"¡Los Encantadores somos todos!".

"¡Alucinante!".

"¡Compartidlos! ¡Compartid los videos antes de que los borren!"

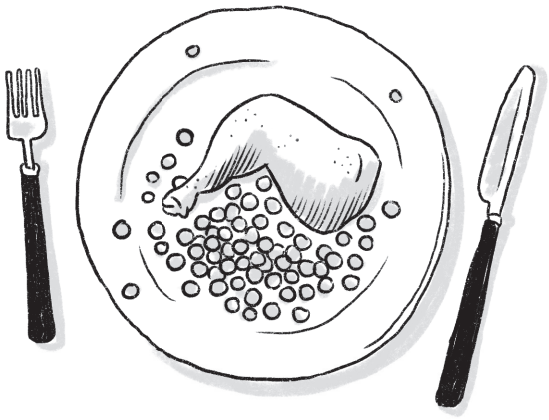
"¡¡Liberad a las princesas!!"

"¡Bravo, @Entantadores!"

¡Ufff, se había desembarazado del material justo a tiempo! Ahora las registrarían a la salida. Tenían que mantener ocupados a los guardias mientras que otros intervenían. De todas maneras, era demasiado tarde. Todo el mundo vería las ojeras de la Princesa del Gui-

sante, el aspecto de Piel de Asno, la absurda tarea de Cenicienta... Pronto, el mundo se enteraría de todo.

Mathilde se reunió con su clase. Los mensajes que acababa de leer se reflejaban en sus rostros. Sí, bravo a Los Encantadores, bravo a todos, y bravo a los camaradas que iban a difundir la información, a ampliarla, a hacer que estallase... Entonces, por primera vez, Mathilde deseó conectarse a su realidad. Se acercó a Abdel y a Marlène. A pesar de su ropa de marca, parecían simpáticos. Estaban discutiendo sobre el menú que les esperaba en el comedor.



Una conversación idiota pero amable, amistosa. Mathilde hizo acopio de valor y se lanzó a la piscina.

—¿Una crema de guisantes quizá?

—Con soufflé de calabaza —replicó Abdel.

—Y carpaccio de atún —añadió Marlène.

—O puede que pollo —gruñó Mathilde, mientras veía cómo se amontonaban los guardias en la salida, esperando a los alumnos.

Y los tres avanzaron riendo, seguidos de los demás y de la señorita Lheim tan, pero tan aliviada como si no hubiera pasado nada.